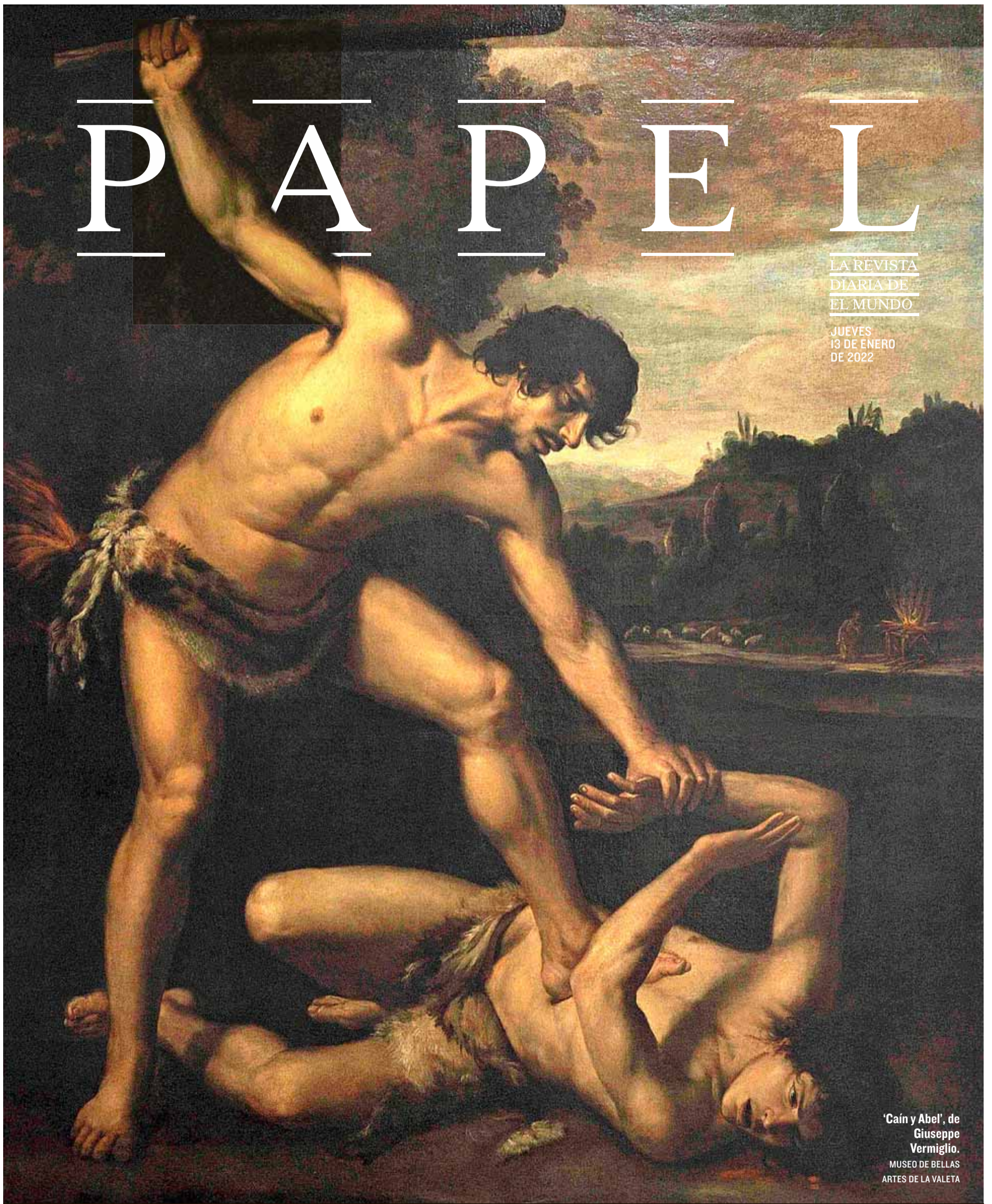


P A P E L

LA REVISTA
DIARIA DE
EL MUNDO

JUEVES
13 DE ENERO
DE 2022



'Cáin y Abel', de
Giuseppe
Vermiglio.
MUSEO DE BELLAS
ARTES DE LA VALETA

ODIOS VISCERALES QUE CAMBIARON LA HISTORIA

Los seres humanos estamos programados desde la cuna para enfrentarnos, pero algunas peleas superan lo personal para cambiar el destino de la humanidad. El historiador Joseph Cummins analiza los casos más salvajes en su nuevo libro.

POR IRENE HDEZ. VELASCO MADRID

POR IRENE HDEZ.
VELASCO MADRID

SE PUEDE CALCULAR lo que vale un hombre por el número de sus enemigos», escribió Gustave Flaubert en 1853.

La rivalidad, tener enemigos, es algo innato en los seres humanos. Las personas, de hecho, nacemos con la rivalidad en los genes: se han observado signos de enfrentamiento en bebés de tan solo seis meses, especialmente si son hermanos. Se trata de un fenómeno prácticamente universal: sólo hay que ver cómo acabaron Caín y Abel en el cuadro que reproducimos en portada.

Además, diversos estudios en genética, neuropsicología, paleobiología y psicología evolutiva sostienen que aunque los seres humanos vivamos hoy en un mundo de hiperdesarrollo tecnológico, de exploración espacial y de realidades virtuales, en el fondo seguimos funcionando con la misma mentalidad que nuestros ancestros cazadores-recolectores de la Edad de Piedra: con el instinto de luchar furiosamente cuando nos sentimos amenazados. «Si la evolución y la supervivencia de los más fuertes es un hecho, la destrucción de los adversarios humanos probablemente sea uno de los instintos primarios más importantes del hombre», dejó escrito el filósofo y psicólogo estadounidense William James, padre de la psicología funcional.

Pero, aunque la mayoría de las rivalidades sólo afectan a las vidas de las personas enfrentadas y quizá a algún allegado, otras tienen colosales consecuencias en millones de seres humanos. «Las rivalidades han llegado a cambiar el curso de la historia», sostiene Joseph Cummins, historiador y profesor de la Universidad de California, que centra sus investigaciones en la memoria histórica de Estados Unidos y Europa, con especial hincapié en los conflictos entre naciones a lo largo de los siglos.

Esas guerras particulares que han

marcado el devenir de la humanidad son el eje del nuevo libro de Cummins, *Grandes Rivaless de la Historia. Cuando la política se vuelve algo personal*, que ahora publica la editorial Arpa. El volumen, tan entretenido como riguroso, recoge 24 de esas gigantescas aversiones que marcaron a fuego relevantes acontecimientos del pasado: que cambiaron el curso de una sociedad, de una batalla, de un país o incluso de toda la humanidad.

«El libro muestra lo que sucede cuando la gente con enemistades personales tiene enormes recursos a su alcance y poco reparo en llegar hasta las últimas consecuencias para destruir a sus rivales», escribe el historiador estadounidense en la introducción del libro.

La rivalidad entre Julio César y Cneo Pompeyo Magno, la que enfrentó a Guillermo el Conquistador y al rey Haroldo Godwinson o la que hizo colisionar a Benedict Arnold con Horatio Gates, por citar solo un puñado de ejemplos que recoge el libro, cambiaron la vida de millones de personas.

Fueron las hostilidades entre Carlos XII de Suecia y Pedro El Grande de Rusia las que hundieron a Suecia y pusieron a Rusia en el mapa. Mientras, el odio profundo que se profesaban Chiang Kai-shek y Mao Zedong desató una guerra brutal que decidió el futuro de la nación más poblada de la tierra, China.

«Si hubieran dejado a un lado su terquedad, habrían podido alcanzar un acuerdo y China podría haberse ahorrado los millones de muertos que ocasionaron las purgas de Mao», observa Cummins. «El pueblo chino vio con sus propios ojos que Chiang

IV de Francia y el Papa Bonifacio a finales del siglo XIII y principios del XIV, que sentó las bases, por ejemplo, de la separación Iglesia-Estado. Francia estaba en guerra contra Inglaterra y la contienda, los sobornos y la difamación costaban mucho dinero, así que Felipe IV decidió llenar sus arcas imponiendo tributos a la Iglesia.

La idea no le gustó nada al Papa Bonifacio, que peleó y peleó y hasta planeó excomulgar al rey francés. Sin embargo, pocos días antes de ejecutar su idea, la ciudad al sureste de Roma en la que se encontraba pasando el verano del año 1303 fue sitiada por 300 hombres comandados por uno de los ministros de Felipe IV, Guillaume de Nogaret, y un destacado miembro de la familia Sciarra Colonna, enemiga acérrima del pontífice Bonifacio. El Papa Bonifacio jamás recobró la salud después de aquello y murió a los pocos meses. Pero los que ocuparon el trono de San Pedro después que él aprendieron la lección.

«Nunca jamás un Papa osó desafiar tan acérrimamente a un rey ni llegó a constreñirlo para que se hiciera su voluntad bajo amenaza de excomunió», concluye Cummins. «En los siglos que sucedieron, la Iglesia mantuvo una posición de subordinación ante los Estados europeos. La Iglesia perdió todo su poder político: podía reprender e intentar persuadir, pero no podía obligar a los reyes a besar los pies del pontífice».

Y qué decir de la enconada enemistad entre Alejandro Magno y Darío III de Persia. «En adelante, en cualquier comunicado que me hagáis, dirigíos a mí como el rey de toda Asia. No me escribáis como a un

vez de huir. Allí donde os escondáis tened por seguro que os encontraré», escribió Alejandro el Grande a su gran rival Darío, rey de Persia, a quien se enfrentó con ahínco.

Cuando, ya vencido, Darío fue traicionado y asesinado con jabalinas por Bessos –un antiguo general y primo suyo–,

“LA DESTRUCCIÓN DE LOS ADVERSARIOS ES UNO DE LOS INSTINTOS MÁS IMPORTANTES DEL HOMBRE”, DIJO EL GRAN PSICÓLOGO WILLIAM JAMES

Alejandro se arrodilló ante su cadáver, ordenó que fuera llevado a Persépolis –donde le dio un funeral de Estado– y decapitó luego a Bessos públicamente. «Cierto es que Darío era su rival y enemigo, el objetivo de Alejandro, pero sólo un rey tenía derecho a matar a otro rey», subraya Cummins, también gran divulgador, con más de 12 libros en su haber.

Algo parecido sucedió con Julio César y Cneo Pompeyo Magno. Mientras vivieron, mantuvieron una rivalidad tan gloriosa como autodestructiva para Roma, que supuso el fin de la República y el comienzo del Imperio. Cuando después de muchos años de lucha encarnada Julio César recibió en Egipto la cabeza de Pompeyo en una cesta, asesinado por orden del rey egipcio Ptolomeo XIII con el objetivo de complacerle, rompió a llorar: aquel no era el final que había imaginado para su adversario. «Como venganza, depuso al joven rey Ptolomeo, ejecutó a sus consejeros y proclamó reina a Cleopatra, a quien luego convirtió en su amante», relata Cummins.

Pero no todos los grandes enemigos de la Historia fueron así de magnánimos y elegantes ante la muerte de su rival. Benjamin Disraeli (dos

enconamiento: Gladstone era entonces primer ministro y le correspondió pronunciar el elogio parlamentario a Disraeli. La tarea le resultó tan penosa que llegó a enfermar. «Pronunciar ese elogio ha sido la peor experiencia de toda mi vida», confesó a un amigo. Y qué decir del

de asuntos internos soviético», según Cummins) le clavó un piolet en la base del cráneo y acabó con él.

Tampoco Hitler tuvo muchos miramientos con Ernst Röhm, con quien durante años mantuvo una estrecha y sincera relación de colaboración. Pero cuando estuvo en juego el

aborrecimiento entre Stalin y Trotski. Aunque Lenin dejó escrito en su testamento que Trotski era «probablemente el hombre más válido del Comité central actual» y pedía a los líderes del partido que «consideraran retirar a Stalin» de su cargo de presidente del Partido Comunista soviético porque no confiaba que pudiera ejercer el poder sabiamente, su sucesor se las apañó (mediante engaños) para sacarse de encima a Trotski.

Pero no fue suficiente: en 1929 lo envió al exilio. Y, viendo que Trotski se había convertido en la voz mundial contra el estalinismo, la emprendió contra su familia. Alexander, hermano de Trotski, fue fusilado en 1938. Su hermana pequeña fue ejecutada en 1941 y sus dos hijos, sobrinos de Trotski, purgados en 1936. Su hermano Lev fue envenenado por agentes soviéticos mientras se recuperaba en 1938 de una operación de apendicitis en París. El hijo pequeño de Lev fue arrestado en 1937 en Rusia y desapareció.

La policía secreta tampoco se olvidó de los hijos de la primera esposa de Trotski: fusilaron al marido de su hija pequeña y esta murió no mucho después de tuberculosis. Y la mayor se suicidó en Berlín, «desquiciada por la implacable venganza que Stalin estaba cobrándose», señala Cummins.

A pesar de que Stalin ya había liquidado a su familia, Trotski seguía alzando la voz contra él desde su exilio mexicano. En 1940 sufrió un atentado del que salió vivo de chiripa. Pero no duró mucho: el martes 20 de agosto de 1940 el español Jaume Ramón Mercader («un asesino al servicio de la NKVD, el comisariado

liderazgo nazi, no tuvo problemas en encarcelarlo primero y en enviar después a la cárcel a tres hombres de las SS para que lo liquidaran.

Durante la II Guerra Mundial, sólo el conflicto de los aliados contra Alemania superó al que mantuvieron el general estadounidense George Patton y el mariscal de campo británico Bernard Montgomery. «Patton y Montgomery, incluso hasta en la forma en que murieron, eran muy diferentes», opina Cummins. «Aun así, el motivo por el cual eran rivales es que probablemente en realidad eran idénticos. A Patton particularmente no le gustaba Monty. Era demasiado altanero para él. Posiblemente tanto como el mismísimo Patton», en palabras del general estadounidense Omar Bradley.

También eran muy parecidas Isabel I de Inglaterra y María Estuardo, reina de Escocia. Tenían mucho en común, pero la diferencia es que ellas ansiaban ser amigas. Sin embargo, las exigencias del trono hicieron imposible su sueño y las abocaron al enfrentamiento.

Quizá con los rivales habría que seguir la máxima de Oscar Wilde: «Perdona siempre a tu enemigo. No hay nada que le enfurezca más».

Pero no siempre es posible. Se cuenta que cuando el general Narváez se encontraba en su lecho de muerte, un sacerdote le alentó a perdonar a sus enemigos. «No tengo ningún enemigo, padre», contestó el militar y político, siete veces presidente del Consejo de Ministros de España entre 1844 y 1868. «Los he mandado fusilar a todos».

GLADSTONE TUVO QUE PRONUNCIAR EL ELOGIO FÚNEBRE DE SU RIVAL DISRAELI. “HA SIDO LA PEOR EXPERIENCIA DE MI VIDA”, CONFESÓ DESPUÉS

y Mao no tenían intención alguna de buscar la paz y que todos sus acuerdos eran una farsa. Siempre pareció que buscaron la manera de seguir dando rienda a su odio».

Ahí está también la feroz pugna que mantuvieron el rey Felipe

igual. Todo lo que poseéis ahora es mío; de modo que, si queréis algo, comunicádmelo en los términos apropiados o tomaré medidas para que seáis tratado como un criminal. Si, por otro lado, deseáis disputar el trono, mostraos y luchad por él en

veces primer ministro británico durante la época victoriana) y William Gladstone (cuatro veces primer ministro), se odiaron visceral y mutuamente durante al menos 30 largos años. Y ni siquiera la muerte de Disraeli puso fin a ese